

El ensayo "Sobre nuestra incultura" de Juan Agustín García: recurrencias teóricas y valorativas de su juicio sobre la Cultura argentina.

Viana, Juan Manuel. (*)

Resumen

Juan Agustín García – jurista, historiador, académico, ensayista y literato- ofrece en este ensayo de 1922 un juicio crítico sobre las formas en las que, considera, ha decantado la cultura argentina. Bajo una trama que apunta a desentrañar los males de una situación de *incultura*, opera un argumento en clave decadentista. Aplica aquí movimientos teóricos que dedujera en sus anteriores obras, en general herederos de psicologías sociales de orientación espiritualista. Con Taine y Renan como principales coordenadas, resumimos aquí su lógica de la sociabilidad, su método de estudio y su diagnóstico del *problema* argentino. En tanto los límites de aplicación de su terapéutica – la asimilación de arquetipos culturales adecuados- son expresados desde una descripción cuasi-ontológica del *carácter* argentino, el propio ensayo se resuelve

en un horizonte de pesimismo ideológico o *renanismo*. Como testimonio de época, el texto ocupa un puesto en el esquema del nuevo saber espiritualista que apunta a fundar una filosofía de la cultura argentina: el reformismo de Alejandro Korn constituye la contracara optimista de esta configuración histórica. La obra, más allá de su valor epocal, ofrece juicios de punzante valor polémico sobre aspectos tales como la naturaleza del nacionalismo "sano", y una historiografía centrada en una historia de las mentalidades.

Descriptores

Sentimientos del espíritu argentino; noción jerárquica de la cultura; *renanismo*.

1. El juicio actual sobre García

(1) Publicados en su gran mayoría

* Lic. Filosofía, Docente Facultad Humanidades y Artes, UNR, Becario de Conicet (UBA-CEDIS).

(1) El presente, es una versión del texto oportunamente presentado para la aprobación del Seminario doctoral "Itinerarios del pensamiento argentino: de la idea de reforma a la idea de decadencia (1900-1940)", dictado por los Dres. Fernando Devoto y Ricardo Pasolini, en la Universidad Nacional del Centro de la Pcia. de Buenos Aires, Tandil, en junio de 2009.

como colaboraciones para el diario La Prensa, los diversos artículos que integran *Sobre nuestra incultura*⁽²⁾ aparecieron hacia 1922 en un volumen donde se compilaban varios escritos de García. Éste moriría en 1923, a la edad de sesenta y un años en la ciudad de Buenos Aires. También allí había nacido hacia 1862, siendo ése el escenario de toda su actividad profesional, ligada principalmente a la actividad judicial, la docencia universitaria, la escritura científica, ensayística y literaria. Miembro de la célebre promoción de 1882 en la carrera de Derecho, se lo adscribe como intelectual a la denominada Generación de 1896, la cual iba a tener dispar aunque activísima gravitación en la conformación de lo que puede denominarse la cultura de élites del Centenario Argentino. Sin lograr alcanzar en su caso particular la trascendencia política proyectada, García ha llegado a ocupar con su obra escrita un lugar indudablemente más destacado. Aunque en las lecturas contemporáneas García suele aparecer casi exclusivamente a título de una muestra virtuosa y representativa de un

específico "clima de ideas", su obra mayor, *La ciudad indiana*, corrió a lo largo del siglo XX una suerte relativamente relevante. Hasta tanto no se avanzó en la historiografía de la vida colonial en la Argentina, dicha obra constituyó una referencia obligada para las más diversas investigaciones y ensayos.

En las décadas posteriores a su muerte, algunos historiadores muy relevantes – como Ricardo Levene, Emilio Ravignani o Rómulo Carbia- y otros ligados al Derecho y la Educación, como Narciso Binayán y Agustín Pestalardo, dedicaron a García diversos análisis sobre su desempeño profesional, sus obras, y su influencias teóricas. En las últimas décadas, los contados estudios sobre García sin duda incorporan estas descriptivas, pero sobre todo para poder inscribir a García en los esquemas más amplios del estudio de la ideología de las élites argentinas en el amplio período 1880-1930. En este sentido, excepción hecha del estudio del historiador de la Filosofía Diego F. Pró,⁽³⁾ puede afirmarse que la mirada que ha predominado es la de insertar a la obra

(2) Nos basamos en el texto editado en García, Juan Agustín (2006); *La ciudad indiana, Sobre nuestra incultura y otros ensayos*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, con estudio preliminar de Fernando Devoto.

(3) Sus artículos se generan entre 1965 y 1975 en la Revista Cuyo, de la Universidad homónima. Se trata siempre en Pró de establecer la *presencia* de ideas filosóficas en los intelectuales argentinos. La sistematización obedece más a la clasificación en generaciones y sus respectivas influencias europeas, y mucho menos a sondear la especificidad ideológico-discursiva del conjunto de producciones. Si bien ubica a García como un intérprete argentino de Taine, Renán, Bain, entre otros, no deja de destacar el fuerte compromiso de García para pensar desde esas categorías una problemática auténticamente argentina. Cf. Pró, D. F. (1965). Juan Agustín García. *Cuyo. Anuario de Historia del pensamiento argentino*, Tomo I, pp. 43-71. Disponible en http://ffyl.uncu.edu.ar/IMG/pdf/44_Tomo_01_Cuyo_1965_tomo_01.pdf. y Pró, D. F. (1973) *Presencia de Taine y Renan en el pensamiento argentino*; *Cuyo. Anuario de Historia del pensamiento argentino*, Tomo IX, 1973, pp. 235- 253. Disponible en http://ffyl.uncu.edu.ar/IMG/pdf/Tomo_09_07_Pro.pdf.

en el nudo entre dos épocas culturales en pugna, resolviéndose desde ya la disputa en favor del ideario contrario al que García adscribía. Así Tulio Halperín Donghi, describiendo la encrucijada cultural de los años posteriores a la reforma universitaria de 1918, presenta a un García apesadumbrado y quejoso por una derrota que en ocasiones se refiere a las de figuras desplazadas del primer plano intelectual, y en otras apunta hacia la dimensión más axiológica de valores en decadencia. Opone así *Sobre nuestra incultura* al *Incipit Vita Nova* de Alejandro Korn, miembro también de la generación de 1896, quien a juicio de Halperín habrá sabido reconvertirse para interpretar los nuevos tiempos bajo un signo irremediamente optimista.⁽⁴⁾ En Oscar Terán, no encontramos a García ocupando el primer plano de la caracterización de la cultura de élites del *fin-de-siglo*, privilegio que sí cabe a Miguel Cané, Ernesto Quesada, José María Ramos Mejía, Carlos Octavio Bunge y José Ingenieros. Aunque esto bien pueda deberse a ciertas oscilaciones teóricas que presenta García a lo largo de su obra – que lo vuelven quizá más difícilmente encasillable en los términos de una “cultura científica”-⁽⁵⁾ lo cierto es que Terán prefiere

detenerse también en *Sobre nuestra incultura*, para retratar el clima de una generación que, desesperanzada, asiste al fracaso de sus proyectos civilizatorios para la nueva Argentina de masas. Aunque García impugne sociológica y metodológicamente dichos proyectos, Terán destaca el diagnóstico de mayor impacto: el igualitarismo cultural -la extensión de los valores políticos de la democracia hacia otros planos- es el mal de mayor profundidad que presenta la Argentina vista por García.⁽⁶⁾ Incluidas y ampliadas las anteriores perspectivas, sumada a una nueva indagación biográfica sobre el autor, el *Estudio preliminar* de Fernando Devoto propone el panorama más abarcador sobre el perfil intelectual de García. Encontramos allí una descripción de los métodos, las influencias, los temas, las preocupaciones y las percepciones más íntimas de un García que indudablemente enmarcado en sus coordenadas de época, nos reaparece con una obra que puede –hermenéutica mediante- seguir aportando al debate de ideas argentino.

2. Esquema teórico-ideológico

Si nos atenemos a las referencias que, por un lado, el propio García nos

(4) Halperín Donghi, T. (2005). *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*. Bs. As., Ariel, pp85-94.

(5) Terán, O. (2008). *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*. *Derivas de la “cultura científica”*, Bs. As. FCE.

(6) Terán, O. *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales 1810-1980*, Bs. As. Siglo XXI pp. 194-195.

brinda en sus obras y, a la vez, al análisis que los mencionados historiadores nos ofrecen, puede trazarse una suerte de esquema teórico-ideológico en el cual se encuadren los juicios vertidos en el ensayo *Sobre nuestra incultura*. Puede la misma dividirse en: *lógica de la sociabilidad; método de estudio; diagnóstico del problema argentino; terapéutica indicada; límites para su aplicación*.

2.1 Lógica de la sociabilidad

Consiste en pensar la constitución de lazos sociales sanos, a partir de un proceso de asimilación de paradigmas y modelos, mediante un expediente educativo. Tiene una raigambre más neorromántica que ilustrada, pues se trata de poder cumplir el deber social de un modo inmediato, casi *prerreflexivo*. Se inserta intelectualmente en ese complejo campo epistemológico de quienes piensan el progreso a partir de la conservación y transmisión de ciertos valores de gran raigambre, pero bajo un cierto tamiz: no ya el de la utilidad individual, sino más bien el del cultivo del espíritu colectivo. La condición sana de la sociabilidad se expresa en los sentimientos de solidaridad, respeto y disciplina. Todas virtudes de conservación de las relaciones, pero a

la vez necesarias para sostener un proceso educativo. Pues la sociabilidad está íntimamente ligada a la cultura, que es de hecho su condición. Entiende por cultura, precisamente, "*la disciplina de la inteligencia y de la sensibilidad por el estudio metódico, sincero, hecho con amor. Disciplina del alma por la educación de la voluntad que se habitúe a obedecer*".⁽⁷⁾ Se advierte allí una caracterización arquetípica de la cultura, a diferencia de una concepción más nominalista y etnológica hoy vigente, como producción y reproducción simbólica. Dicho plano de ideales, se transmite por una educación coherente y amplia, para garantizar la consecución de tales metas sociales.

La *dinámica* de la lógica social, supone así una importancia capital del sistema educativo, al que García dedica muchas de sus reflexiones en nuestro texto. Una conformación basal en la asimilación temprana del buen gusto, es garantía de la posibilidad de hacer propios los valores morales. Esto implica una educación mayormente artística y literaria ya en los primeros años. Luego destina al ulterior proceso educativo – la educación media y superior– un importante tronco humanístico y estético, en donde las habilidades espirituales se hayan impregnado mucho antes que las habilidades técnicas, última fase de la

⁽⁷⁾ García. *Op. cit.*, p253.

formación profesional.

En la *estática* de dicha lógica, opera la creencia en el mecanismo de asimilación social defendido por Gabriel Tarde: actuación ejemplar de la élite, que luego es irradiada hacia las capas inferiores de la sociedad.

Aunque cada cultura tiene su referencia temporal y espacial, en García la nacionalidad no es un "a priori" sino que es precisamente un carácter que puede o no estar presente. Entiende a la nacionalidad como el fruto o la coronación de ese proceso: una condición íntimamente ligada a la tradición y a la fraternidad, es decir a la vivencia común religada por el amor. Pero cuando dicho amor es hacia valores que no pueden ser los de toda nación, resulta en una patológica nacionalidad, flor artificial que se salteó o falseó las correspondientes internalizaciones axiológicas que hacen a una sociabilidad sana.

2.2 Método de estudio

En íntima relación a dicha conceptualización de la relación sociabilidad-cultura, se encuentra la metodología de estudio aceptada por García. Pues se ha de estudiar, por un lado, los valores efectivos que tiene un pueblo en su haber en un momento dado; por el otro, las capacidades con las que cuentan sus individuos para poder transmitir y asimilar los ideales y consignas más sanos. Un camino es del

estudio del *espíritu* en el sentido alemán del término, como la totalidad de la producción cultural de un pueblo durante su historia; el otro, el de sondear las leyes objetivas de conformación espiritual – en sentido psicológico- de los actores concretos del proceso cultural. En la confluencia entre unas crecientes Ciencias del Espíritu y una positivista Psicología Social, se ubica García, al amparo de una figura paradigmática: Hippolyte Taine. Dicha confluencia se condensa en el estudio de los sentimientos constitutivos de un pueblo: en García, el estudio del carácter argentino. Pero el método es más histórico que sociológico, pues se basa en postular una larga duración en la vigencia de dichos sentimientos. En tanto constitutivos, deben haber sido impregnados o plasmados en algunos procesos claves de la historia de un pueblo. ¿Cómo evaluar la condición espiritual de un pueblo y sus individuos en un momento dado? Mediante el estudio de sus expresiones más cotidianas, en donde se plasma, no la imagen deseada o proyectada de sus actores, sino un plano más auténtico de hábitos y creencias compartidos, no discutidos ni tematizados: diríamos, fenomenológicamente, el suelo prerreflexivo o el Mundo de la vida de cada época.

2.3 Diagnóstico del problema argentino

Desde tal matriz teórica, se propone García evaluar la problemática argentina desde la óptica de una élite social e intelectual. El escenario de nuestro texto, no es otro que el de la Argentina del radicalismo en el poder. La problemática está precisamente en el título: la condición negativa de la cultura argentina. Es propiamente, para García, *una incultura*. Definida arquetípicamente la cultura como la disciplina de la inteligencia y de la sensibilidad, como un habituarse a obedecer, respetar y continuar lo más noble de una tradición, el problema para el autor se expresa en términos culturales, más que políticos y sociales. Pero no porque desdeñe estos planos, sino porque su matriz teórica presupone la anterioridad lógica y cronológica de la cultura para la forma plena de lo social y lo político. Así, su diagnóstico intenta llegar al corazón del problema: la Argentina presenta "incultura". No se trata de una afirmación de tipo "normalista", de denuncia de la inadaptación de los educandos. Más bien consiste en la comprobación de cuál ha sido el resultado de la aplicación del plan de civilización y socialización de las masas que emprendieron las élites desde 1880 en adelante. El resultado ha sido negativo: no se han impregnado los

valores de respeto, solidaridad y disciplina, sino más bien los contrarios; no se han generado altas expresiones de arte ni de pensamiento; se está lejos de un amor fraternal y sincero entre compatriotas; y los vínculos humanos tradicionales tienden a esfumarse. Dicho diagnóstico -que bien puede ser el de cualquier juicio conservador en un país de modernización acelerada- toma en García la denuncia frente a modelos filosóficos y metodológicos errados. Se trata básicamente de denunciar las consecuencias de la aplicación a ultranza de una visión del mundo positivista-utilitarista. Simbolizada en Spencer, García desprende las lacras morales y culturales de su tiempo, de la virtual depredación y discontinuación de las mejores tradiciones culturales. En pos de conseguir una Argentina moderna, se sacrificaron condiciones necesarias para su plena consecución. La educación religiosa no se reemplazó con ninguna filosofía; el humanismo clásico fue reemplazado por saberes técnicos: el resultado es el universitario arribista, snob, egoísta, amoral, grave y conflictivo, con el que García ve lidiar, y finalmente ser derrotados, a los valores que su generación venía a imponer. Pero el escenario de la universidad reformista,⁽⁸⁾ es presentado por García como la expresión fantochesca de un mal mucho mayor. Si la generalización

(8) Ése es sin dudas un modo de leer la obra: bajo el trasfondo de una Reforma Universitaria que desplazó a antiguos maestros por jóvenes sin la experiencia académica equivalente, y con una alta politización práctica y sobre todo discursiva.

de Spencer y del utilitarismo generó una nueva élite amoral, el ensayo de una "educación patriótica" sobre las masas no ha sido menos catastrófico. El problema es de doble entrada: por un lado, fallan las élites en discontinuar el cultivo espiritual y coronar al utilitarismo; pero fallan también, en el plano conceptual, los métodos de sociabilidad que no ofrecen los paradigmas correctos a las masas. Fallan, en suma, tanto Spencer como Ramos Mejía.

2.4 Terapéutica indicada

En dicho contexto de pesimismo histórico, las propuestas de García pasan siempre por recomponer el vínculo correcto: sea el de cultura-sociedad; sea el de familia-sociedad. En el ámbito educativo, la situación de incultura surge de aquel doble mal: valores individualistas y asimilación de ejemplos inadecuados. Para García, ambos males obedecen a la misma causa: los ejemplos adecuados llevan a la asimilación de valores más nobles. Su propuesta pasa entonces por desenmascarar los falsos arquetipos nacionales: tanto a nivel artístico como militar (ni Martín Fierro, ni San Martín). El "*patriotismo ininteligente y de pulpería*" al que llevó la educación patriótica, muestra que se emplearon modelos equivocados. En su reemplazo, deben imponerse los desplazados por un positivismo

generalizado e inconsciente: los ejemplos de la cultura clásica. Así, la terapéutica educativa de García pasa por la afirmación de la idea de Ernest Renan: volver a Jerusalén, Atenas y Roma. Es decir: moral religiosa o filosófica, latín, griego, y también, en nuestro caso, la lectura de lo mejor de la tradición castellana. No se trata de un hispanismo ni de un conservadurismo unidimensional: veremos más adelante cómo, Renan mediante, considera más los efectos que los hechos en sí de dichos retornos.

En el plano de los lazos, señala García que la descomposición de la familia cristiana, progresiva desde el último lapso de la Colonia hasta sus días, ofrece un desafío mucho mayor: pues debió ser el reaseguro de la educación. Aquí, como en otros tantos puntos, García sólo ofrece su denuncia ante un problema que sin dudas lo excede temporal y espacialmente.

2.5 Límites para su aplicación

Pero debe verse en dicha terapéutica irrealizable, el contrapeso que el mismo texto ofrece. Pues hay en el espíritu argentino, tanto en el de las élites como en el de las masas, algunos sentimientos constitutivos que son contrarios a la sociabilidad sana. Por ende, constituyen el límite objetivo de todo proyecto social, cultural y político que se pretenda instituir en la Argentina. Se trata de los sentimientos

que ya en el prólogo de *La ciudad indiana*, García nos presentaba:

-la fe en la futura grandeza del país (confianza infundada y pasiva en el éxito)

-el pundonor criollo (convertir los motivos de vergüenza en razones de orgullo)

-el culto nacional del coraje (poner en juego la vida por causas nimias)

-el desprecio de la ley (considerarse fuera de las generales de la misma).⁽⁹⁾

Agréguese, según los reúne Devoto, el "sensualismo" (inconstancia y hedonismo).

Y tómese, como arquetipo, la fórmula que presenta en *Sobre nuestra incultura* como la síntesis de la pervivencia de la sensibilidad caudillística: "*naides es más que naides*", como la cifra o la clave de lo que en las masas se expresa como una expectativa infundada de igualdad, y en las élites se expresa en el snobismo.

Queda entonces expresada una cierta limitación, casi trágica, del edificio conceptual de García: *la sociabilidad sana se forja mediante la asimilación de valores universalmente nobles; y en la Argentina, no sólo se han propagado ejemplos equivocados, sino que no existe la disponibilidad psicológica para asimilar aquellos nobles ideales.*

3. Recurrencias valorativas en el Ensayo

Mediante tal esquema, puede intentar comprenderse la argumentación que opera en los juicios valorativos que vierte García en *Sobre nuestra incultura*. Sin embargo, debe atenderse fuertemente al *tono* en el cual la obra es producida. Se trata de un ensayo pesimista, de desencanto, de cierre de todo un campo de posibilidades que se creyó en otro tiempo realizable y que, con la prueba del tiempo, se revela como erróneo. Así, aquel esquema en el cual García, con reservas, puede ser catalogado genéricamente como un positivista – en tanto diagnostica objetivamente el "mal argentino" y propone una terapéutica- cobra un carácter bien diferente frente a la lógica propia del ensayo hipercrítico.

Se trata de una visión explícitamente oligárquica, inscripta en el horizonte de cruda denuncia a las consecuencias de la generalización de la democracia como modo de vida: resume Devoto, inscripta en el llamado *renanismo*. Así, la última cláusula del esquema, la de los límites objetivos para la aplicación de la terapéutica cultural, es quizá la que ocupa el primer plano en García. Incluso ya en *La ciudad indiana* puede entreverse esa inversión de los términos terapéuticos del positivismo sociológico. El hecho que se señala como más fuerza es el de la eficacia de los sentimientos

(9) García. *Op. Cit.*, p54.

constitutivos del espíritu argentino, el carácter que se forjó, ya desde los tiempos coloniales, que sufrió una fuerte impronta en Mayo y en las guerras civiles del siglo XIX, con Rosas y con su derrota: finalmente, con el proyecto modernizador integral diseñado en 1880. Frente a esa ontologización de caracteres, García no deja de mostrar la existencia de sentimientos y actores a su juicio más sanos: se trata siempre de los herederos de las tradiciones más antiguas, sobre todo las coloniales. El sinuoso y casi discontinuo hilo que lleva de 1918 hacia antes de 1810, es el que, utópicamente, García desearía recoger para poder emprender una *reforma intelectual y moral* para la Argentina de su tiempo.

Mucho más pedestremente, en varios tramos del ensayo nos otorga pruebas de su perspicacia descriptiva. Se trata de juicios inscriptos en sus temáticas recurrentes: sentimientos argentinos; problemas educativos; políticas del amor y del odio; modos de pensar y hacer la Historia. Consideramos sin embargo que pueden cobrar cierta autonomía aun por fuera de su inscripción sistemática, y que son las cláusulas por las cuales el ensayo *Sobre nuestra incultura* mantiene su veta polémica, más allá de que el lector adscriba o no a los credos políticos y filosóficos de Juan Agustín García. Repasemos algunos de ellos.

3.1 Sentimientos y males: entre la ontologización y la historización de los problemas argentinos

Los sentimientos, en tanto constantes del carácter de un pueblo, tienen un arraigo profundo y en algún sentido meta-histórico. Parecen constituirse como las condiciones ontológicas de todo aquel que pueda ser llamado "argentino". Así, aunque en García la lectura sea fuertemente jerárquica y elitista, estos sentimientos de algún modo trascienden la estructura social, y constituyen –aunque desigualmente– a todo argentino. El "*naiades es más que naiades*", que brota del alma del caudillo criollo, vive en el universitario reformista y aún se apodera de la cultura de elites para penetrarla con sus formas estéticas más rudimentarias. Así el tango desplaza a un Mozart que, en realidad, nunca ocupó el primer plano del gusto de las élites nacionales: ¿cuál era entonces la real valía de la cultura de las clases altas argentinas, que puede ser modificada por las expresiones populares? En efecto, están ambas atravesadas por fuerzas comunes, que ora manan de las clases bajas, ora provienen de las más arraigadas costumbres de la vida urbana argentina.

Parangonando esta forma de describir la "argentinidad" desde invariantes, sin dudas que García contribuye a la futura consolidación del

ensayo ontologizante y descriptivo, del que Ezequiel Martínez Estrada, Raúl Scalabrini Ortiz y Héctor A. Murena son sus principales cultores. De todos modos, aparece en García la intención de pensar el cambio temporal y espacial que sufren dichos sentimientos. Dos ejemplos: el igualitarismo y el snobismo. El igualitarismo parece provenir de dos fuentes que habrían confluido: el jacobinismo de Mayo y la anarquía del gaucho. El snobismo tenía ya una expresión virreinal, pues en tiempos coloniales existía un sentimiento porteño de veneración exagerada de la fama y de una nobleza real o proyectada. Dicho sentimiento, combinado con el culto al coraje, deviene en arribismo y en progresismo. Cabe aclarar que si García es un precursor del ensayo sobre la dimensión "profunda" de los problemas argentinos, sus análisis se centran en un horizonte estrictamente "pampeano", cuando no exclusivamente porteño.

3.2 Críticas a las consecuencias del positivismo en la cultura argentina: la moral, el lenguaje, el arte, la filosofía

El horizonte desde el cual se juzga la aplicación irreflexiva de los principios del positivismo spenceriano, puede calificarse genéricamente de tradicionalista. Se trata de denunciar la pérdida de valores, y rastrear el modo

de restituirlos. Vimos cómo esta operación lo dirige a García hacia épocas dispares: en ocasiones se remonta a la España Feudal, en otras al Buenos Aires colonial, y en algunas otras hacia la Argentina previa a 1880.

Importa aquí detenerse más bien en las consecuencias que García detecta: en los síntomas de ese mal que es "la incultura".

Por un lado, es interesante seguir el argumento de la pauperización espiritual y amoralidad que traería aparejado el materialismo ateo y el utilitarismo. Aquí sigue a Renan en un punto: ¿puede reemplazarse la formación moral que provee la educación religiosa? Sean afirmados o no los dogmas religiosos en la madurez de las personas, Renan y García se preguntan, ¿qué otros paradigmas pueden ejemplificar las buenas acciones sino aquellos más arraigados en el saber y el espíritu occidental? Fuera de una moral racional como la kantiana, que en rigor también requiere de una formación espiritual previa desde la cual puedan incorporarse las máximas universales, García concluye que arquetipos como "Jesús" y "María" tienen un valor pedagógico insustituible en la formación moral de las personas. Este juicio desde las consecuencias, tiene incluso ecos no ligados al pensamiento político de derecha: Proudhon, Peguy, Sorel, Jaurès, y hasta el propio Gramsci abrevan de dispares modos en esta

valoración.⁽¹⁰⁾ Claro está, pensando la educación no desde las élites, como lo hacen Renan y García, sino desde el proletariado.

En cuanto al rol lógico-estético que tiene el lenguaje, específicamente el aprendizaje del castellano, García sostiene una teoría en la que la lógica aparece como a posteriori de la estética. Primero debe cultivarse el gusto mediante la lectura de literatura clásica; y luego racionalizarse gramaticalmente el idioma. Empezar por la gramática, como de hecho sucede, es infructuoso y representa un desperdicio de recursos: una vez incorporadas "las Letras", la sintaxis surge casi naturalmente y no del modo tortuoso y lento en el que se enseña. Lo mismo sucede, en un plano más fundamental, con el aprendizaje de las correctas denominaciones. "Llamar a las cosas por su nombre" es la condición de posibilidad del pensamiento justo: de distribuir los razonamientos por sus coyunturas, diríase platónicamente. La innovación nominal es para García cualidad baja, pues revela una ignorancia. El debate por el idioma nacional lo encuentra como defensor del idioma castellano. Esta pauta indica a la vez un

conservadurismo de mayor raigambre: nombrar a las cosas por su nombre, implica el deseo de mantenerlas tal como siempre fueron.

En términos filosóficos, todo el balance negativo de la influencia de años de positivismo sin espiritualidad se sintetiza en la orientación práctica del pensar argentino que pregonoó Alberdi. García lamenta que ni siquiera haya cundido la variante comteana, con sus prácticas de espiritualidad positivista explícitas, y sí la spenceriana, con un desprecio no menos marcado por el cultivo humanista. La necesidad de forjar una "filosofía argentina" consiste en discontinuar dicha orientación meramente utilitarista, recibir por primera el deseo de especulación y reflexión, y a la vez poder sintetizar un cuadro de valores –las cinco ó seis grandes ideas a las que Taine refiere en un epígrafe de nuestro ensayo-⁽¹¹⁾ en una Filosofía Argentina. Dicha pretensión aparece con más nitidez en la propia reacción antipositivista de la disciplina filosófica, con Alejandro Korn y Coriolano Alberini como principales intérpretes, proponiendo axiologías, cuadros de valores propios de la Argentina.

⁽¹⁰⁾ Como ejemplo, víd Jaurès, Jean; Carta de un padre socialista a su hijo sobre la enseñanza de la religión. <http://www.iglesiaviva.org/219/219-50-PAGABIERTA.pdf> Allí Jaurès defiende la importancia que tiene la educación religiosa en la formación intelectual y moral de un joven. Este texto es curiosamente mucho más citado en castellano que en francés: la causa puede buscarse en el uso de la misma por parte del republicanismo español.

⁽¹¹⁾ García. *Op. cit.* p313.

3.3 Ineludible precondition de fraternidad para las construcciones socio-culturales y políticas: nacionalismo fundado en el amor y no en el odio

Odio y amor operan como sentimientos prerreflexivos. El odio es antagonista de las construcciones durables: es destructor y no aglutinador de voluntades. El amor, por el contrario, une de un modo durable. La armonía, aun la que sobreviene después de una vivencia trágica como la guerra, es condición para que se geste la unidad nacional. Sin embargo, dicha génesis es a partir de una dimensión menos idiosincrática que universal: los valores estéticos y morales europeos son de algún modo eternos y generales, valen para toda nación y son a la vez la condición de posibilidad de su estado sano. En el espíritu anti-moderno de las distintas restauraciones monárquicas, el odio es señalado como el sentimiento que inflama los pechos de los revolucionarios y de los republicanos. El amor es cualidad señorial, serena, egregia: es decir, noble. El odio es lo que hace perder la compostura humana, y el gestor de las desgracias de un modo de vida "antinatural".

En tal clave, la historia argentina presenta para García una tragedia constitutiva: ya en sus inicios hay caos, discordia. Se trata del odio inoculado

por el espíritu desequilibrado de Mariano Moreno. Cornelio Saavedra, en cambio, encarna los valores señoriales, la grave paz oligárquica: Moreno, la sangrienta democracia jacobina. Es éste último el responsable del veinte, de Rosas, de las guerras civiles. El sentimiento nacional ha operado siempre sobre una base de odio. Cuando quiso encaminárselo, institucional, pedagógica y rutinariamente mediante la denominada "educación patriótica", se obtuvo un resultado aun peor: se gestaron hábitos huecos, que se hicieron carne inscribiéndose en un sentimiento, el del pundonor criollo. El nacionalismo del odio, el de pulpería, es tributario del odio jacobino, y del oscuro carácter de convertir en motivo de orgullo las propias carencias. No podrá, en opinión de García, construirse un sólido sentimiento nacional, sino se apela a los valores oligárquicos de la familia colonial y a las enseñanzas universales del clasicismo europeo.

Podría pensarse que de la tríada moderna de "Libertad, Igualdad, Fraternidad", los dos primeros valores son hijos del odio, y sólo el último del amor. Traza también García en el ensayo, una dura descriptiva de la orientación estética e intelectual de los jóvenes de su tiempo: Marx y Nietzsche como consejeros de la gravedad y el odio, convierten a universitarios como los del *Grupo Claridad* en hombres

prematuramente entristecidos.

3.4 Reflexiones en torno a la Historia

En el ensayo, ocupa una buena parte el abordaje del tema de la disciplina histórica en nuestro país. A García le interesa señalar en problemas disciplinares y metodológicos las consecuencias morales e intelectuales de la aplicación de un paradigma equivocado. Al respecto pregunta y responde: ¿cómo enseñar la historia?, ¿cómo escribirla?, ¿cómo dar vida a los próceres?, ¿cómo captar las mentalidades de una época?

En la enseñanza escolar de la Historia debe mediar, previsiblemente, una acertada selección de ejemplos para cada acontecimiento. Una vez escogido, se debe proveer a los alumnos de documentos fuente, que permitan a los jóvenes lectores vivir íntimamente el decurso de las acciones. Las actas de Mayo son como el guión de una obra, que al actuarla se la entiende, y que debe entenderse para interpretarla. Se logra captar así la esencia jurídico-política de un régimen, en este caso el constitucional en germen. La educación memorística, basada en la reconstrucción bélico-política, no es retenida, ni deja marcas o enseñanzas espirituales: esto es, no forma cultura. Hay así una suerte de pragmatismo pedagógico: lo que se actúa se entiende.

García también recorre los modos canónicos de escribir la historia argentina: Mitre y López. En Mitre destaca la vocación de presentar la omnipresencia de un plan rector en la vida de los grandes hombres, de pulir sus defectos y de elevarlos al bronce. En Vicente Fidel López, señala que la historia es emoción, al punto que el propio historiador se muestra conmovido por los acontecimientos narrados. Reconociendo la meta superior de la historiografía mitrista, García condena las consecuencias de dicho encumbramiento de los próceres: llevarlos al bronce ha sido matarlos. Si se pretendió sepultar a Rosas exponiendo las miserias de sus gustos, sus modos de vida cotidianos y su afán de poder, se consiguió el efecto contrario: Rosas como personaje goza de vitalidad, pues los hombres pueden reconocerse en sus relieves humanos. Los próceres broncíneos, no los poseen, y son por ende arquetipos inútiles, sin vitalidad.

El predominio empirista del pensar argentino otorgó una historiografía del mismo signo: el historiador presenta una serie de hechos, y el tópico valorativo es puesto precisamente por él, que es juez y sanciona los hechos narrados. Para García se trata de reconstruir un mundo, no de juzgarlo. Para traer al entendimiento los factores que dieron vida a una sociedad, García elige dos: las condiciones económicas y la naturaleza de los lazos familiares. En

La ciudad indiana aplica ambos: en nuestro ensayo se detiene en el segundo. Propone una interpretación que no deja de ser llamativa: piensa en los sucesos de Mayo como prefigurados en los cambios en las relaciones de la familia colonial. Es decir, aplica la hipótesis del paso de la familia feudal a la moderna como causa eficiente del cambio de mentalidades que requiere un suceso político revolucionario.⁽¹²⁾ Allí la mujer es clave, así como lo es el nuevo modo de experimentar el amor: lazos más intensos, vínculos sociales cuyo fundamento es más el cariño que la convención. La revolución va, así, del hogar al Cabildo.

Este ejemplo sitúa a García con una opción metodológica que recomienda a los jóvenes historiadores: detenerse desde ya en la documentación, pero no en lo solemne sino en lo rutinario. Las actas parlamentarias revelan mucho de las creencias de una época en los modos de argumentar, en sus presupuestos y en las respuestas del público. García opta así por un modo bien vigente de interpretar la disciplina histórica: una elección por lo que él mismo denomina "mentalidades", una suerte de hermenéutica que surge de lo dado y reconstruye hipotéticamente mundos a partir de lo explícito y lo implícito, de lo expresado y de lo que es

pensable. Ve así en Ricardo Levene, a un buen y rescatable ejemplo: es él quien le revela – en *La Revolución de Mayo y Mariano Moreno*– la expresión de los sentimientos que desde entonces ejercen con variaciones su influencia en el espíritu argentino.

4. A modo de conclusión

El ensayo *Sobre nuestra incultura* es una pertinente muestra que revela una encrucijada de la historia de las ideas argentinas: la de los límites del proyecto político-cultural de las élites gobernantes argentinas, en el contexto de una nueva sociedad de masas. El texto ofrece una interpretación jerárquica y culturalista de los problemas que llevaron dicho proyecto a un fracaso irremediable.

Por otra parte, la obra retoma tópicos caros al interés teórico de García: la moral, la estética, el lenguaje, la historia, vistos desde el despliegue de un pueblo argentino en el que operan fuertes sentimientos que constituyen su carácter. El orgullo, el coraje, el desprecio de la ley y la confianza infundada, son formas que varían pero se mantienen en la conformación espiritual argentina. La situación de "incultura" que García diagnostica, encuentra en dicha condición un límite mucho más

(12) A juicio de Devoto, aplicación no exenta de complicaciones de la teoría del sociólogo católico francés Frederic Le Play.

profundo que el que muestra el "espectáculo" del marxismo y el nihilismo juveniles.

Deducido y contemplado dicho horizonte escritural - el conservadurismo, el pesimismo y la decepción de una vida intelectual que se apaga- el ensayo ofrece, no obstante, puntos que aún avivan polémicas en torno a la caracterización de la cultura argentina. Las reflexiones sobre la educación moral y estética; la transversalidad de los sentimientos patrios; la necesidad de fundar un nacionalismo desde lo universal y fraternal; y sobre todo su forma de concebir los estudios históricos, nos aparecen como los de una conformación más inactual.⁽¹³⁾

(13) Pensamos la *inactualidad* no como la obsolescencia de un sistema, sino justamente como la cualidad que una descripción posee de haber excedido los marcos de su tiempo de referencia, para volver a servir como campo de discusión de un contexto de producción distinto. No un acierto eterno ni una verdad inmutable: más bien un planteo que estructura los problemas de modo perdurable.